

CANCION DESDE LA ARCILLA.

HECTOR ROSERO HURTADO.*



Quiero quedarme en un momento
de atardecer, aquí en mi tierra;
tierra morena y fecunda, como una mujer...
Y quiero acariciar tu piel de sombra,
tu vientre vegetal,
tu sexo hecho de greda y de silencio,
tu sangre en rosicler.

Quiero quedarme para siempre
compartiendo el momento de las piedras,
el instante apacible de los trigos
el alma verde del maizal;
y conocer a cada árbol
por su voz, y su piel, y su silencio;
ascender hacia el tiempo de la espiga
y el rostro del trigal.

Quisiera recorrer
sueño a sueño los pasos de tu historia
y encontrar un abuelo en el camino
-Horacio, Victoloso, Julio, Salomón-
y despertarlo de su sueño de raíces,
en su paz mineral resucitado
y escuchar su voz lenta, como el humo,
su memoria surcada de recuerdos,
su prieta alma de agosto, su oración...

Quiero crecer como la noche en Ales
con su tierra nupcial y estremecida,
su manto de cocuyos,
su líquido cairel...

O en El Cabuyo -sombra de mi sombra-
en Yunguita, con sangre de maizales,
y en plenitud de luna y de canciones
en El Cid vegetal, de amanecer.

Quiero llegar hasta el instante intacto
de las espigas de la luna nueva,
de mi niñez de trigo y arrayanes,
del ángelus del agua en El Rincón.

¡El Rincón! Y mi alma de bambuco
se posa en tus laderas quillasingas,
en tu piel de indiecita adolescente,
en tu voz de pingullo y rondador...
Oigo una honda canción desde la tierra
que estremece los montes y los tiempos;
es la queja del indio, milenaria,
oculta en nuestra sangre y nuestra
voz.

Quiero quedarme en un momento
de atardecer, aquí en mi tierra,
tierra morena y fecunda, como una mujer.
Mujer de sombra, tierra herida,
tómame entre tus brazos minerales;
quiero volver a ser, desde mi muerte,
en tu vientre materno, ¡eterna floración!.